

lecciona obras de arte y paga grandes sumas por ellas. También acoge en su corte a muchos italianos ilustres, entre los que se cuenta Leonardo. Nace la costumbre de que los humanistas de toda Europa se cambien cartas entre sí informándose de sus ideas y pensamientos. El latín es lengua universal que allana las diferencias y aproxima los espíritus haciéndoles olvidarse de todas las trabas de tiempo, distancia y nación. Por primera vez el sabio ve que halla eco su sabiduría. El renacimiento, sin embargo, con toda su espléndida belleza e idealización, presenta otro aspecto que fué severamente censurado por los moralistas. Jerónimo Savoranola (1452-1498), predicador de la Orden de los Dominicos, amonesta a los italianos entregados con exceso al lujo, al esplendor de las artes y les recuerda que toda obra humana debe tender a la salvación del hombre y no a su perdición.

Es fácil comprender que una época que renace y descubre a la antigüedad como fuente de bienes, llegando casi hasta divinizarla, pueda caer en excesos difícilmente disculpables. Los vicios de la antigüedad se imitan de igual modo que sus virtudes. El sentimiento de que la vida es efímera hace entregarse a todos al placer con violento deseo de agotar todo su embriagador encanto. La medida rara vez es justa. El arte también acusa este libertinaje en la figura humanística y depravada de *Pietro Aretino* (1492-1556). Este hombre singular es el primer chantajista de renombre. A la osadía de sus manifestaciones públicas, en las que compromete el honor de personalidades de su tiempo, se une el impudor de ciertos escritos.

La ostentación boccacciesca se extiende a la farsa, que es la primera representación del teatro civil emancipado del reli-

gioso. A esto se une la imitación servil que el autor teatral hacía de las comedias antiguas del desenfadado Plauto. La comedia «Mandrágora», de *Niccoló Machiavelli* (1469-1527), puede ponerse como ejemplo de licencia. Este autor no sólo es digno de mención por las obras que escribió para el teatro, sino por su nueva y completa teoría política. Maquiavelo, fiel al principio de que el fin justifica los medios, elabora un sistema estatal que engloba todas las demás actividades humanas. Considerando al Estado como un fin en sí mismo, disculpa el crimen si «la razón de estado» lo impone. Arte, religión y moral están al servicio de la política. El Estado moderno, en general, debe mucho a las doctrinas maquiavélicas.

Es frecuente en el renacimiento italiano que los mismos príncipes de los numerosos estados de Italia se interesaran por el arte y representaran un papel de Mecenas, que debe agradecerles la posteridad. Entre los numerosos aristócratas que rendían culto a todo lo artístico merece una mención especial Lorenzo de Médicis, también llamado «El Magnífico» (1449-1492). El creó la famosa Academia Platónica que regía un sabio humanista, Masilio Ficino, y en la que actuó el no menos famoso Pico della Mirandola. El poeta *Polisiano*, perteneciente a la corte de Lorenzo, es la personalidad poética más destacada de este período. En sus poemas «Stanze per la giostra» («Estancias para el torneo»), los elementos reales idealizados con la mitología clásica, de modo que su obra parece un friso antiguo restaurado con materiales de la vida florentina.

La literatura en la corte napolitana, donde reinaban los españoles, con el apoyo de Alfonso V de Aragón y Fernando I